

Desde la pobreza urbana*

TRABAJAR CONTRA LOS POBRES

En el año 2000, en una cumbre de Naciones Unidas, se promulgó una declaración de las naciones comprometiéndose a alcanzar ocho metas para el milenio. La primera era erradicar la pobreza extrema y el hambre. Se esperaba que para el 2015 se redujeran a la mitad las personas que vivían en extrema pobreza y en pobreza. Ya se han reformulado las metas para el 2030. La pandemia que ha afectado al mundo en el 2020 pronostica que no lograrán tampoco en esa fecha.

Pero la razón principal no será la pandemia, sino la falta de voluntad política para tomar las medidas necesarias y los caminos que escogemos para alcanzar esas metas.

De todos es conocido que nos hemos quedado cortos en la inversión para la erradicación de la pobreza. La mayoría de las naciones ricas han sido tímidas en su inversión en esta área. Pocas naciones pobres han aumentado significativamente su inversión en gasto social. La responsabilidad social empresarial no tiene las dimensiones necesarias. Lo que refleja la débil voluntad política de combatir la pobreza que se muestra en el creciente aumento de la brecha entre ricos y pobres.

* Presentado en el Congreso de la Federación Internacional de Fe y Alegría, 2007.

Peor aún es la falta de determinación para eliminar las fábricas de pobreza: la falta de mecanismos de redistribución, la deficiencia de los servicios públicos en cantidad y calidad, el desempleo y las condiciones laborales atropellantes (trabajo infantil; bajos salarios; escasez de seguridad; horarios excesivos; comercio que no protege los derechos de los trabajadores ni los pequeños productores; formas de racismo y xenofobia que determinan la reproducción de la pobreza de grupos étnicos; exclusión de acceso a los derechos de determinados sectores poblacionales por nacionalidad, edad, género...; débil o ninguna protección al derecho a la organización,...). Las políticas sociales a veces se limitan a acciones asistenciales o políticas compensatorias por las desigualdades producidas por las políticas económicas. Se refuerzan así las debilidades de los pobres como son su falta de acceso a la salud y la educación de calidad, su baja autoestima, su exclusión de los sistemas de justicia, su exclusión del poder...

Esto no solo se hace a través de acciones que perjudican a los pobres, o por omisión de legislación y acción que positivamente los beneficie. A veces acciones que son proclamadas de asistencia social tienen el efecto de mantener e incrementar la pobreza. Por ejemplo, ciertas políticas asistenciales debilitan la frágil autoestima de los pobres. Son acciones que refuerzan la percepción de impotencia que les lleva a renunciar al esfuerzo de valerse por sí mismos. Más grave aún si existe alguna dificultad que es catalogada como culpable de la incapacidad: soy mujer, discapacitado, anciana, de una etnia con limitaciones. No solo conducen al autoconvencimiento de su incapacidad, sino al aprendizaje de conductas que produzcan lástima y que, por tanto, reduzcan los esfuerzos por salir de la condición de pobreza. Son las tradicionales acciones de reparto de bienes (comida, ropa, dinero, juguetes...) que en sus formas tradicionales provocaban las humillantes filas de peditores o las rebatiñas por los bienes repartidos, y que en su versión moderna crean complicados sistemas de selección y reparto, pero que en el fondo producen los mismos efectos de manera más cosmética, pero también muchos más cara, dejando gran parte de la inversión en los técnicos y

sus modernos sistemas computarizados. Estas políticas permiten a los pobres sobrevivir como pobres, pero nunca salir de la pobreza. Los lleva a percibirse siempre como impedidos, como dependientes de la ayuda de otro; y todo comportamiento que conduzca a la autosostenibilidad es desechado porque estorba para conseguir la sobrevivencia: mientras más impotente parezcas, más lástima produces y más ayuda recibes. Por eso las políticas paternalistas y asistenciales no solo no ayudan a salir de la pobreza, sino que lo impiden.

Otro tipo de ayudas que producen el efecto contrario son las hechas con fines clientelares. Son las ayudas que se entregan como favores a cambio de agradecimientos incondicionales. Son frecuentes en el ámbito de la política, pero también en otras esferas. Ellas sustituyen el pensamiento de deberes y derechos por el de favores y gratitudes. Crean dependencia, impidiendo el empoderamiento de los pobres, que se autoperceben como objetos de la caridad de otros. Los incapacitan para sentirse como sujetos de derechos, que pueden exigir. Son objetos de favores que deben propiciar con la sumisión incondicional y el apoyo irrestricto. Es una manera de comprar fidelidades y conciencias, que renuncian a su responsabilidad ética. El pobre entonces se siente obligado a su protector, sin otros deberes que obedecer sus deseos. Esta conciencia de siervo sustituye a la conciencia de ciudadano, que genera reclamo de derechos, pero también responsabilidad de deberes.

Ante estas formas de actuar contra los pobres, que tienden a perpetuar la pobreza, aunque a veces aliviando alguno de sus efectos, queremos buscar una manera eficiente de combatir la pobreza creando nuevas capacidades, oportunidades y posibilidades para los pobres, porque la única manera de combatir efectivamente la pobreza es colaborando a que los pobres se transformen en ciudadanos y ciudadanas con pleno derecho y completa responsabilidad.

Esta síntesis que presentamos la agrupamos alrededor de tres conceptos: trabajar para los pobres, trabajar desde los pobres, trabajar con los pobres.